

MIS 25

AÑOS

DE VIDA

LITERARIA

POR
VIRGILIO PIÑERA

EN otros días cumplía veinticinco años de vida literaria. Me he preguntado: ¿valdrá la pena escribir dos cuartillas para evocarlos? Pienso en seguida: ¿Y por qué no? Nunca sería, de mi parte, un acto de vanidad satisfactoria. Jamás he pensado verme en un momento, agradeciendo con fingida humildad, los discursos y parabienes de unos cuantos admiradores. Dejo estos tristes placeres a aquellos que escriben para hacer ruido. Por el contrario, me dispongo a evocar estos veinticinco años haciendo examen de conciencia, pero como al mismo tiempo y en cierto modo, soy una persona pública, me da parecido oportuno que mis lectores se enteren de la conversación que he tenido con mi conciencia.

Yo nací el cuatro de agosto de 1912. En 1936, fecha de mi primer artículo literario tenía por consiguiente veinticuatro años. En ese año, los síntomas de escritor en Cuba eran: loco, idiota, delirante, irresponsable, raro y, por supuesto, muerto de hambre. Así fue que me hice en la escuela de la humildad: un tal Lobo del periódico Información dijo de mí que yo era nada más que un "pobre loco", en decir, lo dijo a propósito de mis Cuantos Fries (veinte años más tarde algunos de estos cuantos se publicarían en Tiempo Moderno) y Fran-

cisco Ichazo, un occidente de haber publicado yo La Isla en París, por castigo al movimiento de "delirante y hambriento". Sin embargo, al loco, al delirante nunca le pasó por la cabeza involucrar su condición de escritor y resolverse en el charco de sangre de Fulgencio Batista. Serotinamente siguió siendo escritor y nada más que escritor.

Claro, el precio a pagar fue muy alto y muy doloroso: he viajado en tercetas infestadas de ratas, me he helado en los túneles del ferrocarril trasandino, he vivido, aquí y en Buenos Aires en cuartos como mazmorras y he trabajado durante cinco años en un consulado cubano ganando la suma de quince pesos mensuales. Estos y otros horrores los he puesto, aquí y allí en mi obra, y más buena o más mala, es la que me ha infundido valor para llegar a estos veinticinco años de vida literaria.

Pero tales privaciones, por angustiosas que fueran, no son sino pálido reflejo de un estado de opinión corriente en la Cuba rebastada de la que recién salimos hace dos años. Me refiero a ese angustioso hufianismo de escritores en exilio. Esto lo comprenderán mejor los escritores de mi generación y aquellos sobrevivientes de otras generaciones. En cualquier mo-

mento, a cualquier hora podía estar uno en ese estado. En cualquier momento, en cualquier hora sería cómo se le imputaban las acciones más fejas, los actos más vituperables, en cualquier momento cualquier hijo de vecino tenía facultades omnímodas para hacerle perder a uno su condición de escritor. Esto lo logra con unos cuantos gritos, y cuanto más desgastados, mejor. Aunque se estuviera reconocido, aunque los actos de uno como escritor estuvieran perfectamente probados como actos honestos, de nada nos valdría, y por una operación mental basada en un puro acto de esquivencia, éramos convertidos en deshonestos, en "plumas aligadas y hasta vendidas". La efectividad de esos golpes bajos—casi inflexiones en países con un mínimo de vida literaria—se hacía, en el nuestro tan temoladora que salir a la calle era un acto de arrojo, y ser mirado por la gente adquiría contornos de pesadilla. Automáticamente pasaba uno a ser un muerto civil, es decir, que sin tener que recurrir al sacrilegio nos veíamos sepultados en el fango espeso de la calumnia.

No creo que tenga que vanagloriarme por el sufrimiento de estos mis veinticinco años de escritor. Fue un camino que elegí con todos los ries-

gos a soportar. Había otros caminos más fáciles, había cargos públicos en que sólo con decir "sí" mi vida material cambiaría de la noche a la mañana. Pero yo siempre dije "No", y prosigui, en Cuba, siendo un "loco", un "idiota", un "irresponsable" y "un muerto de hambre".... es decir, así siendo un escritor.

Ahora estoy en terreno favorable. La Revolución me ha dado carta de naturaleza. Los años que me quedan de vida no volverán a confrontarme con tales humillaciones. ¿Qué lejos están aquellos en que para publicar un libro o una revista me veía precisado a empeñar mi único traje? ¿Qué lejos, qué borrosos, qué olvidados y qué maldicidos, aquellos pobres de espíritu que se conjuraban para destruirme porque yo, a mi modo, hacía Revolución en las letras, y esto no convenía a sus planes? Mientras me dispongo a celebrar alegremente mis veinticinco años de vida literaria con la salida de mi Teatro Completo (¿se dan cuenta? ¡Completo!) ¿qué han completado ellos? ¿Y qué han construido? Es ahora que puede verse, con toda precisión, cómo ese pobre ellos ese fango espeso en que pretendieron sepultarme. Por mi parte, y con redoblado brío, me dispongo a la segunda vuelta. Yo moriré al pie del café!